

### ESPECIAL 8 DE MARZO



VALENCIA

NÚM. 35

### ¿LLORADEROS, YA?

Sáfrika - Patricia R. Calpe

**M**irad, la verdad es que hay veces que voy llorando por la calle y me gustaría tener algo de intimidad. Pareciera que lloro porque sí, sin un motivo aparente o sin un evento reciente que lo provocara, instalada como estoy ya desde hace muchos años en una crianza perpetua a modo de cárcel o místico aprendizaje que gustan decir los que no tienen hijos jodidos por la genética o el azar. Yo no soy una valiente, ni una luchadora, soy una cuidadora cansada y triste con un verano por delante que, por qué no decirlo, me da hasta miedo. Abrir los ojos y por la mañana, oír ladrar a los perros increíblemente cansinos, o a Leo que ya está toqueteando cosas por la casa muy temprano, y querer cerrarlos otra vez. No escribo, no leo, no participo de actividades sociales, últimamente me moles-



tan todo tipo de ruidos, estoy agotada y ansiosa, miro a mi hijo y a veces me cuesta saber qué le pasa, me cuesta más que antes, qué piensa, si es que piensa. Qué quiere. A veces se agacha a beber del agua de los perros, ahí lo veo de pronto, agachado y sirviéndose, simplemente porque tiene sed. Se tira a la piscina con ropa, le gusta mucho el agua, y cagar en el agua, y

bucear y fuera del agua, comer. Llora a veces por la calle porque no sé hacerlo mejor, porque no puedo hacerlo mejor, ni con él ni con nadie. Por eso pido que instalen LLORADEROS en las calles, que no quiero que me vean llorar las mujeres normales, ni los conductores de autobús ni los perros ni las niñas.

### BRUJAS

Yolanda Gil Jaca

**E**cho de menos a la Pilarín. Nos hicimos muy amigas, tanto, que nos sentábamos juntas en la escuela y todo. Pobrecita, se tuvo que marchar del pue-

blo. Me sabe mal, porque fue un poco por mi culpa. ¿Pero qué podía hacer yo? Nos tenemos que ganar el pan. Creo que en Zaragoza estará más tranquila. Seguro.

—¿Las oíste anoche? —me preguntaba.

—¡Sí, sí, claro! —le decía yo.

—¡Qué miedo, María, qué miedo! —decía haciendo pucheros— Quiero volver a Zaragoza, allí no hay brujas.

—¿De verdad? ¿No hay?

—No, allí nunca las he oído.

—Se sorbía los mocos— Nunca.

Yo tenía que aguantarme la risa.

—Esta noche hay luna llena —dice padre.

Y con eso le basta, porque la Neus, la Ares y yo ya le entendemos. A la hora en la que todos están en sus casas, salimos a escondidas los cuatro.

Nosotras vamos hacia el bosque y él, con el saco vacío, hacia la frontera. En el bosque gritamos, aullamos, lloramos y hacemos todos los ruidos que sabemos. Cuanto más fuertes, mejor; cuanto más desgarradores, mejor; cuanto más largos, mejor. Nadie debe acercarse. Padre acostumbra a encender el farol y a hacernos una señal desde el camino cuando ya está llegando a casa y nosotras damos dos o tres alaridos más y regresamos. Luego nos gusta mirar lo que ha traído en el saco antes de que, mañana, venga el interesado a recogerlo y pague.

Pobrecita, la Pilarín, igual le escribo mañana una carta al cuartel en el que vive con su familia para saber si está bien y le cuento que las brujas siguen en el pueblo.



## ¿ÁRBOL?

Ana Tomás

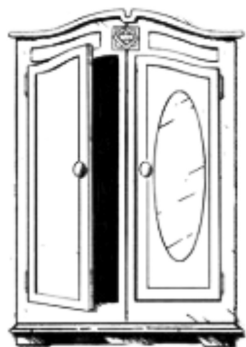
El parte meteorológico alerta de fuertes rachas de viento y la tormenta ha sido bautizada como Serena. Curioso, a quién se le habrá ocurrido. Por la calle se pueden ver diferentes cosas volando, qué se yo, sombreros, paraguas, bolsas, una señora, un carrito de pipas y caramelos, la carpa de un circo, el autobús de las siete y media, el griterío de los chiquillos en los parques, un elefante, las terrazas de los bares, una cigüeña, el perro vagabundo y una merienda de pan y chocolate, los peces de la fuente, un vecino del quinto y los adioses en la estación. Lo último ha sido un campanario, y lo siguiente seguramente será yo, que no tengo arrestos de agarrarme con fuerza a la tierra en donde pretendo enraizarme.



## FRÍO

Paloma Hidalgo

El armario donde acababa de encerrar a su muñeca también había conocido mejores momentos. Primavera de chalecos de gamuza con flecos y jeans acampanados. Algún verano de camisetas de mezcla a juego con el pantalón del uniforme de una hamburguesería. Y enseguida, los trajes, las camisas de gemelos, las corbatas... hasta que llegaron los vestidos, empezando con uno de novia, y los otoños de americanas de pana y faldas aterciopeladas. Un invierno aparecieron los baberos, los patucos; puede que también medrara febrero cuando ella vació sus perchas y las del pequeño Marcos. Ahora, que nunca llega marzo, ese espacio se lo reparten un antipolillas y una piel de látex.



477

Inspirado en la figura de Pilar Careaga, la primera mujer en licenciarse en Ingeniería en España  
Leticia Tello

Querida madre:

¡No sabe lo dichosa que me hallo! Perdone mi retraso en escribir, pero es que estos últimos días han estado repletos de emoción y ajetreo... Justo esta clara aunque fresca mañana de Madrid he encontrado el tiempo que requiere y merece esta carta. Todo comenzó hará unos días, cuando se acercó a la pensión un mozo, misiva en mano y anunciando a voz en grito mi nombre. Tras retomar el aliento, mi joven mensajero me comunicó que venía a galope desde la escuela de ingenieros. Intuyendo el contenido del papel, despaché rápidamente al rapaz con algunas pesetas y subí presurosa a mi cuarto.

Al punto me percaté de que la carta estaba rubricada por el mismísimo rector. En ella se me notificaba lo que ya se rumoreaba por la universidad desde hacía unos días. La misiva venía a decir que, a modo de requisito fundamental para la obtención del título, se me daba permiso para comenzar mis prácticas, las cuales las haría nada más y nada menos que al frente de una 4 700. Ojalá pudiera estar aquí, madre, y ver lo dichosa que me siento. ¡Una 4 700! ¡Se me concede hacer las prácticas en una de las más portentosas máquinas de la Norte!

Incluso he sabido por Jacinto ¿lo recuerda, madre?, compañero mío de libros y horas de incesante estudio, que la revista *Estampa* desea ponerse en contacto conmigo con el fin de ilustrar a sus lectores con un pequeño reportaje de la hazaña. Llevaré la locomotora desde la capital hasta nuestra casa; un total de unos 450 kilómetros, por lo que me han dicho. Creo que será toda una aventura.

Aún no me han comunicado la fecha, pero ya estoy ansiosa por despojarme por unos días de estos ceñidos corsés y calzarme esos buzos oscuros de la Norte.

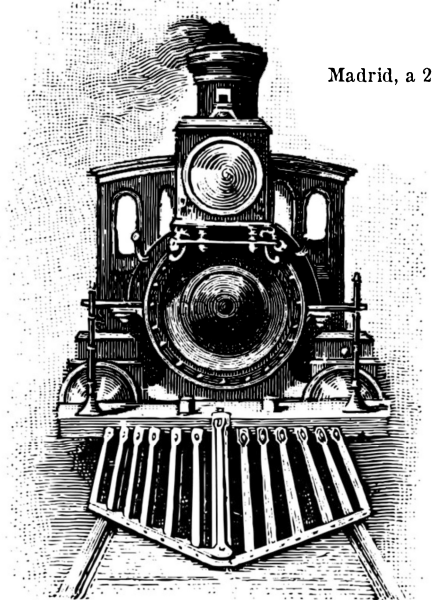
¿Qué tal todo por Neguri? ¿Don Luis ya está mejor de su pierna?

Salude a padre de mi parte, ¿quiere? Añoro mucho sus insistentes pero juiciosos consejos.

Besos y recuerdos para todos.

Estoy segura de que pronto nos veremos de nuevo.

Prometo escribir cuando sepa la fecha exacta de susodicha proeza.



Pilar  
Madrid, a 2 febrero de 1929



## NO ME PASA NADA

Bettie Pathway



No me pasa nada. Excepto el constante martilleo de las expectativas, la falta de segundos para ser y hacer a causa del tiempo que robo a la vida, el no saber nada desde hace ya tiempo —ni siquiera dónde puse las certezas—, que no hay palabras para decir lo que pienso o tal vez que no hay oídos para ellas, que me siento sola y abrumada al mismo tiempo, que no encajo en ningún molde —y es una pena con lo bonita que yo soy de cara—, que a mi mundo le falta silencio y a mis decisiones les sobran juicios, que el trabajo no se acaba nunca, no importa cuánto tiempo le dediques, que no puedo doblar las sábanas ni tengo ganas, tampoco, que esperé con devoción al mensajero y aun así no ha traído mi paquete, que tengo las manos frías y las ideas y el pecho y no hay quien me los caliente, que estoy fuera de mí, ansiosa, cansada, al borde del peor de los delirios, que existo, y que existir me duele pero eso a quién le importa.

## RAZÓN DE PESO

Ángeles Mora

Cuentan las voces antiguas que hubo un lugar sobre la tierra que sirvió de cuna a una civilización que vivió, creció y murió atesorando conocimientos. Toda su existencia fue basada en la ciencia. Probaron, investigaron, idearon, descubrieron y, por supuesto, aprendieron. La ciencia lo fue todo para ellos. Su vida y su fin. Porque llegó el tiempo en el que el pensamiento lo ocupó todo y el hombre de aquellas tierras pensó y pensó hasta que descubrió todas las respuestas posibles. Dentro de esos misterios desentrañados se hallaban las voces de los dioses creadores, convertidas por la ciencia en simples murmullos fáciles de cuestionar y de desterrar: el conocimiento las había relegado a meras supersticiones de mentes simples y almas oscuras.

Cuentan las voces antiguas que la ofensa a los dioses creadores provocó tal ira en las alturas que los hombres de aquella isla privilegiada oyeron sus voces a lomos de las olas que los rodeaban y la espuma grabó en la roca un aviso celestial: 'A partir de ahora, viviréis bajo el peso de vuestro propio conocimiento'.

Pero el hombre de la Atlántida, ávido de más conocimiento, lejos de analizar las palabras de los dioses, siguió buscando la verdad del saber en las estrellas, en las mareas, en las fuerzas de la naturaleza. Continuó adorando a la razón. Solo cuando fue demasiado tarde comprendieron la literalidad del grabado en la roca y que los dioses habían maldecido la osadía de su conocimiento otorgándole peso. Peso físico, del que sus sabios podían medir y cuantificar... y temer porque, bajo el peso de aquel conocimiento, la isla que los había visto nacer se hundió para siempre.



**PAPENFUSS** es un boletín gratuito de relatos. Puedes colaborar enviando relatos de hasta 800 palabras

o poemas de hasta 20 versos a:

revistapapenfuss@gmail.com

Búscanos en Facebook, Twitter, o visita nuestra web:

www.papenfusslarevistawordpress.com



## PROCARIOTAS DE VIDA LIBRE

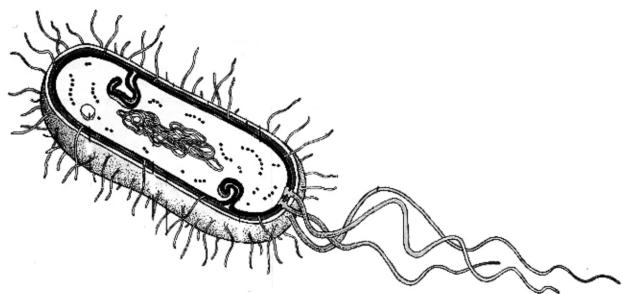
Publicado originalmente en Literup  
Laura Blanco Villalba

¿Cuánto tiempo llevaba Bermelle surcando el espacio a lomos de aquel asteroide? Sin duda, más de lo que su pequeño organismo unicelular podía recordar, porque carecía de cerebro donde almacenar esa información. Aunque, bien mirado, tampoco tenía cilios o pseudópodos con que desplazarse a otro lugar, ni órganos sensoriales con los que percibir cualquier entorno, así que poco importaba.

Era una simple célula procariota flotando a la deriva, oxidando azufre tan feliz bajo las estrellas. Ni siquiera tenía conciencia de su propia existencia.

Ni, por lo tanto, de su soledad.

Un día, el asteroide de Bermelle entró en la órbita de un planeta de cielos amarillos que estaba cubierto enteramente de agua. Allí, en el fondo de aquel sulfuroso mar, Bermelle fue a posarse justo encima de Amariilis,



otra procariota sin órganos sensoriales ni pseudópodos ni cilios ni cerebro. Tenían mucho en común, pero todavía no lo sabían.

Al principio, las cosas fueron algo incómodas allá abajo. Amariilis supo enseñada que algo iba mal cuando dejaron de llegarle los ácidos sulfhídricos de su fumarola favorita, la grieta del lecho marino por la que aspiraba los deliciosos gases del núcleo del planeta. La fumarola que la había visto nacer y crecer. Y que ahora, o eso intuía Amariilis, la vería morir al no poder realizar la imprescindible fotosíntesis.

Entonces, Bermelle comenzó a oxidar como loca. Tras el susto de la caída y la conmoción de hallarse en otro elemento, al contacto sutil de Amariilis por fin se sentía calorífica de nuevo. Oxidó una molécula de azufre. Luego dos. Y, por fin, un buen montón.

Aquellos nuevos vapores envolvieron a Amariilis y la embriagaron. Sintió que nunca hasta ahora había estado viva de verdad. Y cuanto más oxidaba Bermelle, más inhalaba Amariilis. Y cuanto más azufre sintetizaba Amariilis, más se encendía Bermelle.

Ambas supieron al fin lo que era la soledad porque habían dejado de sentirla. Con el tiempo, sin ojos con que percibirse, sin manos con que acariciarse, aprendieron a palpase en la eterna oscuridad de sus noches sin luz, sabiéndose juntas por el simple contacto membrana con membrana. Sabiéndose

vivas, sabiéndose dos, pues la mera existencia de la una definía los límites de la otra. Y así se convirtieron en simbioses. Tan distintas. Tan iguales. Tan perfectas la una para la otra.

Pero nada es para siempre: todos los seres nacen y mueren. Pasaron cien ciclos, mil, un millón... y Bermelle acabó oxidada, agonizante, débil. Tan pronto como Amariilis sintió que la decrepitud se apoderaba de su amada, comenzó a estirar su pared celular cuanto pudo. Estiró y estiró más allá de lo que ninguna procariota lo había hecho antes hasta hacer su membrana maleable y

arropar a Bermelle por completo.

Aquella protección fue envolviendo a Bermelle como un arrullo hasta que sus organismos se fundieron y el citoplasma de Amariilis la inundó y sus ribosomas se enredaron y sus núcleos se combinaron en un solo ser.

Y así fue como nació la primera célula eucariota.

## TENACIDAD

Virginia González Dorta

MI padre era un inventor curioso. Un día se le ocurrió cambiar la salida del cucú y el pajarillo cantaba al empezar un nuevo mes. No sabíamos cómo lo había logrado, lo cierto es que ya todos los meses fueron para nosotros de treinta días. Y así nos iba, faltando al trabajo, al colegio o al médico, la agenda social no coincidía nunca con la nuestra.

Viendo la poca puntualidad familiar en cuestión de fechas, sustituyó el pajarito por un arquero medieval. Sin tener en cuenta las horas, y qué decir de los meses, el hombrecillo nos lanzaba sus flechas al pasar por debajo. Hasta que al abuelo no le sacó un ojo, mi padre no quiso reconocer el peligro. Una mañana se levantó más pronto de lo habitual y en lugar del arquero, colocó un tierno delfín que saltaba sobre nuestras cabezas sin ton ni son. Era, dijo, un recurso nuevo para recordarnos nuestro origen marino.



Cuando quiso cambiar el objeto de sus inventos, era tarde, su tiempo y el nuestro había terminado. El cucú, apollado, duerme en la bodega. El arquero, el delfín y el pajarillo sueñan con el tiempo de mi padre.

## MARÍA, LA DE LOS PLATOS

Aurora Tárrega Gálvez



Aunque no ha pegado ojo en toda la noche, se levanta antes del alba y corre por la avenida García Morato hasta el puerto franco de Barcelona. Se cuela en el muelle de carga, trapichea como de costumbre y consigue unas vajillas por cuatro perras. Tiene suerte porque son de vidrio color ámbar, las francesas que están de moda y en la feria del Bellecaire las pagan bien. Calcula que ganará lo suficiente para comprar dos gramos. Con las manos temblorosas, mete los platos en un hatillo y se lo echa a la espalda. Luego camina cinco kilómetros hasta llegar a los puestos de los encantos y allí los vende. Por fortuna, obtiene más de lo previsto, puede ir a por la dosis que necesita. Ahora se sube los cuellos del chaquetón, esconde sus cabellos rojos bajo una gorra y, a paso ligero, se encamina hacia las chabolas de la playa en la Mar Bella. A medida que se aproxima, siente que las piernas le flaquean y una opresión en el pecho le obliga a detenerse un momento. Mientras recobra el aliento, se saca de debajo del tirante del sujetador una fotografía. La desdobra con cuidado, la mira, la besa y prosigue el camino hacia el antro donde le venden —de esterperlo— la penicilina para su hijo.



## SANTA JUANA MICCIONANTE

Sonia Pina

La voz de la profesora se escucha con nitidez a pesar del arpa que suena de fondo, monótona e insistente: «Cruzamos las piernas, elevamos el brazo derecho, doblamos el codo e intentamos agarrar la otra mano con la izquierda por la espalda —así, chicas, sin miedo— levantamos la barbilla y vamos doblando la cabeza hacia atrás hasta mirar el techo. Respiramos hondo y aguantamos ahí diez segundos...»

—Psss... ¿has visto? Hay humedades; por ahí fijo que se filtra el agua.

—Tres, cuatro, cinco... —intento concentrarme.

—Pues con lo que pagamos ya podrían arreglarlo, ya ves. El año pasado ya lo dijimos y nada.

—Ocho, nueve... diez.

Deshago como puedo el nudo en el que se han convertido mis piernas, bajo los brazos y vuelvo a la postura de descanso. Me duele todo el cuerpo, el olor a incienso me marea y lo último que esperaba en mi primera clase de yoga era tener al lado a una habladora incontinente.

La profesora da por finalizada la clase. Todas dicen “namasté” al unísono y salimos en tropel hacia el vestuario.

Observo alarmada que mi vecina de esterilla ha hecho presa conmigo:

—Soy Juani, no te había visto por aquí. ¿Eres del barrio?

—Sí —contesto secamente.

Veo pasar por mi cabeza los cuarenta euros del curso, el tiempo valioso que le estoy quitando al trabajo y el momento en el que pensé que esta hora de relax sería la solución a todos mis problemas. A todos.

—Chica, ya verás cómo te mola esto. Sientes una paz interior flipante, no sé, como si te unieras a una energía cósmica que está por encima de nosotras... Juani respira hondo, alza los brazos lentamente, con solemnidad, y mis ojos

siguen mecánicamente su recorrido. Al instante me siento ridícula y empiezo a sacar mi ropa de la bolsa; quiero salir cuanto antes de esta conversación.

No han transcurrido ni cinco segundos cuando levanto la cabeza y observo con extrañeza que Juani ya no está y no queda nadie en el vestuario. Termino de cambiarme y salgo del local; está anocheciendo.

Estoy a punto de acostarme cuando recibo un mensaje de un número desconocido: “Mañana a las 10h en el Tertulia. Namasté. S.J”.

Un escalofrío me recorre la columna... ¿S.J? El Tertulia es el bar donde suelo desayunar casi todas las mañanas, pero no sé quién se está citando conmigo. “Namasté”...

Mi mente empieza a buscar explicaciones lógicas: esa tal Juani ha conseguido mi teléfono del centro de yoga —ya les diré mañana...— y según su extraño criterio considera que somos amigas.

Me duermo con el firme propósito de olvidar ese mensaje y la cita que me propone, pero la curiosidad puede conmigo y al levantarme decido acudir. Llego al Tertulia cinco minutos tarde y desde fuera ya puedo distinguir su figura.

Con ropa de calle, Juani resulta todavía más inquietante: suéter de leopardo ceñido, escote pronunciado, el pelo rubio platino recogido en un moño alto, las gafas de sol puestas a pesar de la penumbra... parece la versión oronda de Kim Novack.

—Ay, cielo, ya creía que no venías. Juntemos nuestras manos y respiremos juntas; hay un montón de cosas que celebrar.

—¿Celebrar...? Empiezo a alarmarme. —Mira, reina, ya sé que te parece todo muy raro, pero tengo que contarte algo muy importante: ayer, cuando llegué a casa hice una micción sagrada y en el líquido elemento pude observar tu rostro. Es una señal.

Se acaba de quitar las gafas y me mira misteriosamente. ¿Micción sagrada...? Instintivamente miro mi manzanilla y decido no tomármela

—Mira, Juani...

—Sonia, creo que eres una elegida. Hacía doscientos dieciséis años que no

tenía una santa micción con imagen humana revelada.

Miro alrededor, me fijo en la gente, quizás esto sea una cámara oculta y mis amigas estén compinchadas...

Juani sigue:

—Te voy a confesar mi verdadera identidad: soy Santa Juana.

Se me escapa una risa nerviosa, miro a la chica de la mesa de al lado como pidiendo socorro pero nadie en este bar parece vernos.

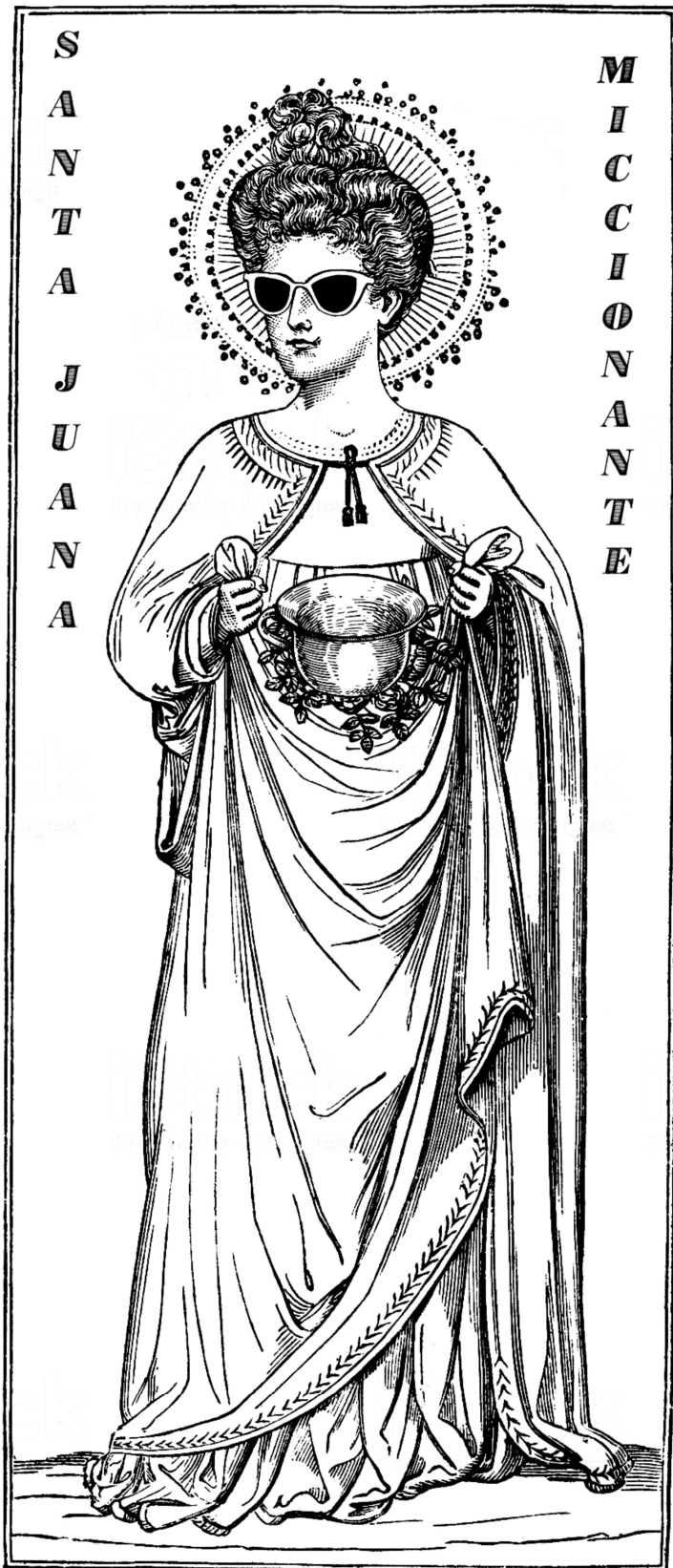
—Santa Juana... ¿De Arco? ¿De La Cruz?

Paso directamente a la carcajada pero dejo de reír en seco al observar la siguiente escena: Juani, o quienquiera que sea esta persona, se ha puesto en cuclillas y, con los ojos cerrados, ha empezado a orinar en el suelo. Parece que reza una oración y mueve los brazos como un pulpo enloquecido.

—Sí, soy Santa Juana y he recuperado mis poderes. Durante siglos he soportado el culto a San Juan, las hogueras, los baños nocturnos... pura superchería. Miles de incautos invocando a ese santo aburrido y patriarcal hasta decir basta.

»Reconócelo: tienes ganas de orinar ahora mismo.





—Yo siempre tengo ganas... bebo mucha agua, infusiones... Miro aterrizada alrededor... nadie parece fijarse en el charco que esta mujer ha dejado en el suelo; es más, nadie parece verla.  
—¡Micciona, Sonia, deja salir toda esa ira, que no es sino el mal del mundo todo! Inunda los mares, riega

el campo yermo con tu savia de mujer dadora de vida... ¡nútrenos con tu elixir de diosa!  
Nunca he congeniado mucho con los esencialismos femeninos de fluir esotérico, pero esto lo sobrepasa todo; me levanto y salgo del bar con prisa. Desde la puerta, Juani insiste, su falda todavía por encima de los muslos:

—¡Veo tu luz! ¡Se desbordarán las presas, los glaciares caerán derretidos por tu torrente de mujer-océano! ¡oh, cuerpa derretida...!

Camino hacia mi casa deprisa y sin mirar atrás. Ciertamente tengo ganas de ir al baño, pero sobre todo necesito olvidar este encuentro cuanto antes.

Los escasos metros que separan el bar de mi casa se me hacen eternos; de hecho, descubro con espanto que voy dando vueltas en bucle a la manzana sin que la puerta de mi casa aparezca en ningún momento. Siento un mareo repentino y no sé cuánto tiempo transcurre hasta que extrañamente empiezo a sentirme mucho más despejada y ligera que antes.

Sigo caminando, envuelta en un aura nueva y poderosa. Escucho una voz masculina: "¡eh, pelirroja, ¿estás sola?!". Me detengo, miro profundamente al sujeto en cuestión, le señalo con el dedo índice y escucho cómo cae al suelo fulminado.

En mi trayecto hacia ningún lugar me da tiempo a derribar a tres mirones de niñas, a un novio celoso y a los componentes de una despedida de soltero que andan molestando a una mesa de turistas. Me siento cada vez más fuerte y sigo patrullando la zona de Mossen Sorell sin piedad.

Me tropiezo de repente con mi profesora de yoga; de manera atropellada le explico mi nueva condición de semi-diosa justiciera y mis recientes hazañas para combatir el machismo del barrio. Mira hacia atrás y señala a la despedida de soltero, cuyos miembros sorprendentemente siguen en pie a pesar de mis... ¿super poderes?

—Tú has hablado con Juani, ¿verdad? Ajá... por eso me pidió tu teléfono. Qué mujer... me dijo que te quería devolver algo.

Parece que intenta aguantarse la risa pero está claro que le cuesta. Sigue hablando, con dificultad:

—Te tenía que haber avisado... ella es así. La queremos mucho a pesar de esa cabeza fantástica que tiene, no le hagas mucho caso. Ahora tengo un poco de

prisa... ¡Te veo el miércoles en clase! Miro al frente confusa y por fin parece que diviso la puerta de mi casa; me dirijo lentamente hacia allá y por el camino me cruzo con dos de los mirones que creía haber derribado hace diez minutos. Llego al portal, subo las escaleras todavía aturdida y me doy cuenta de que no he ido al baño en todo este rato.

Descargo por fin mi vejiga; de manera instintiva miro en el fondo y no, no tengo ninguna visión, pero la verdad es que me sigo sintiendo estupendamente; ligera, fuerte, mucho más segura de mí que cuando salí de casa esta mañana.

De repente, levanto la cabeza y en el espejo del lavabo veo escrito "namasté". Me miro y observo que mi imagen empieza a fundirse con otro rostro: gafas de sol, moño rubio platino...

Sonríe: "namasté, Santa."



## AMOR ETERNO

Ana Marben

**B**añarte desnuda. Sumergirte tres veces. Secarte bajo la luna llena.

Conocías bien las reglas. Desde aquella noche de verano en la que celebrabais los dieciocho. Vanessa fue la primera en quitarse la ropa. Tú la segunda. Pero los pies se te quedaron en la orilla mientras las otras gritaban a tu alrededor y te salpicaban con espuma. Nunca supiste explicar por qué no dejaste que las olas llegaran más allá de tus rodillas. No era vergüenza, exhibiste tu piel más tiempo que ninguna. Tampoco miedo al agua. Aunque eras una nadadora pésima, en esa playa había que adentrarse mucho para dejar de hacer pie y no se conocían corrientes traicioneras.

Beatriz y Adela se rieron de lo que supusieron cobardía. Emma te miró con decepción. Tú caminaste un poco más por la orilla. La leyenda decía que el



ritual atraería el amor eterno, el verdadero, el de las princesas Disney.

Después de esa noche el verano os llevó por caminos distintos. La universidad y los años os distanciaron. Hasta que os reunisteis en la boda de Vane, la más precoz del grupo. Las otras aparecieron con sus parejas radiantes. Tú, sola. Incluso Emma que, como ya suponías, suspiraba por ti, apareció con su media naranja, como ella decía. Era una rubia alta y bien proporcionada, tan lejana a tu imagen que llegaste a pensar que tu amiga había hecho un casting por despecho. Pero se las veía tan acarameladas que, aunque nunca ansiaste sus besos, llegaste a sentir un amago de celos.

La siguiente en casarse fue Adela. Una boda lujosa, pagada por la familia del novio. De buena posición. Tu vestido de flores se te antojó pobre cuando

berante. Vanessa se mostró apagada.

Os habló de su desilusión por no quedarse embarazada. Tú observaste la gruesa capa de maquillaje alrededor de sus ojos. Pero no dijiste nada.
















Después de ese evento empezasteis a veros al menos dos veces al año. Una, solo vosotras. La otra, con las familias. Tú siempre asistías sin acompañante.


Lo pasabais bien, recordabais vuestros tiempos de adolescentes y hablabais de vuestras preocupaciones actuales. Adela solía decir lo afortunada que eras. Tú sí que sabías: soltera y sin hijos, ¡tan libre! No tenías que darle explicaciones a nadie. Ella había parido ya dos retoños e iba a por el tercero. Y es que su familia, la de su novio, era muy amante de los críos y ella, total, ya tenía la vida resuelta. Además, la niñera lo hacía todo mucho más fácil. También Beatriz tenía un par de niños.



viste la indumentaria de tus amigas. Y una vez más, tus manos iban sueltas. Beatriz, la bohemia, se había ido a vivir a un pueblo de pocos habitantes, con su novio. Teletrabajaba, decía, mientras él cultivaba la tierra. Emma había cambiado a la rubia por una pelirroja exu-

Seguía en el campo y presumía de ser muy feliz. Su teletrabajo había mutado a camarera del bar que se había quedado con su pareja. El próximo encuentro allí, proponía cada vez. Emma dijo que ella y su pelirroja habían empezado los trámites para la inseminación. De la

				
Safrika	Yolanda Gil	Ana Tomás	Leticia Tello	Paloma Hidalgo
				
Bettie Pathway	Ángeles Mora	Laura Blanco	Virginia González	Aurora Tárrega
				
Susana Revuelta	Ana Marben	Ana Grandal	Yolanda Escribá	Laura Quispe


**POR FAVOR, TOMAOS UNOS MINUTOS ESCANEAD CON EL MÓVIL LOS CÓDIGOS DE AUTORAS COLABORADORAS. SIN SU AYUDA, PAPENFUSS NO SERÍA POSIBLE.**

pelirroja, que al parecer era más joven y más fértil. Te pareció que había una pizca de desilusión en su tono. Vanessa seguía sin niños, sin alegría y con mucho maquillaje. Aquella vez lo hablasteis y ella se enfadó. Le mandaste un wasap más tarde diciéndole que, si lo necesitaba, podía quedarse unos días en tu casa, o unas semanas. Que no lo dudara. Te bloqueó durante meses, a pesar de que sabías de ella en el grupo de las mejores amigas.

En cuanto a ti, tuviste algunas parejas, aunque ninguna duraba más allá de uno o dos años. En realidad, no te habrías sentido mal si no fuera por cómo te miraban tus amigas, desde una altura que te incomodaba. A veces te defendías, y les recordabas que el baño en el mar tampoco les había traído tanta felicidad. La explicación de Adela de que lo mejor de su marido consistía en que era buena persona suponía un argumento muy decepcionante. Aunque sabías que Vane lo habría querido para sí.

A veces, volvías a aquella playa. Te quitabas la ropa y dejabas que las olas te acariciaran los pies y las rodillas. Que el frío estremeciera tu cuerpo. Pero solo las noches sin luna te aventurabas a dejarte arrullar por el agua salada. Algunas de esas veces estabas acompañada. En ocasiones, te acurr-

cabas en los brazos de algún él y le contabas, distorsionada, la leyenda de aquellas aguas. Sin embargo, nunca completaste el cielo: si te sumergías tres veces no había luna y si la había, no pasabas de la orilla. Porque sabías que desear algo para siempre es la manera más triste de no querer tenerlo.

## — ❦ —

# EL TERROR

Publicado en *La Ignorancia*, nº 30  
Ana Grandal

**A** pesar de que sus ojos bulbosos delatan las más de ocho dioptrías que carga en cada ojo, nadie en el estudio de arquitectura la ha visto jamás con gafas, y se daba por supuesto que usaba lentes de contacto. No era raro que terminase la jornada con la córnea enrojecida, tal vez debido a la incomodidad de llevar pegadas esas delicadas y diminutas prótesis transparentes. O tal vez por las innumerables horas que pasa ante la pantalla para sacar adelante el proyecto que, estaba segura, cambiaría su vida.

Llega el día en que debe presentar el resultado de tanto esfuerzo. Ha realizado un trabajo ingente para pulir cada detalle, recortar lo superfluo y

dar cohesión al conjunto. El comité de evaluación espera pacientemente su comparecencia. Pasan los minutos, y algunos de los asistentes consultan con disimulo su reloj. Al cabo de media hora, alguien decide llamarla para pedirle explicaciones por su desaparición. Ella escucha el soniquete del móvil, pero no se mueve del sofá. Esta mañana, la lentilla izquierda se le escurrió del dedo y cayó en el mismo centro de la boca del lavabo. Solo puede paliar su ceguera de un modo, pero por nada del mundo dejaría que nadie la viese. En estos momentos, se ha convertido en aquella niña aterrorizada por tener que ir al colegio. Sabía que le esperaba un pasillo de cuerpos que se veía obligada a atravesar, mientras le gritaban en la oreja: «¡Gafotas, cuatro ojos, capitán de los piojos! ¿Dónde te has dejado el bastón? ¡Que ves menos que una polla liada en un trapo!».

El contacto de sus lentes es su contacto con el exterior. Detrás de los gruesos cristales asoman dos lágrimas: hoy será incapaz de salir de casa.

## SONETO EMBARRADO

Yolanda Escribá

En los días de lluvia  
me metía en los charcos  
en carrerilla y a saltos  
salpicón a niñas mustias  
que llamaban a sus tías  
para reñirme los zancos,  
lloraban las muy arpías,  
todas, toditas con barro.

El caso es que no era  
mi intención pintar su bata,  
pero así empieza la guerra  
y el sanbenito desata  
que esta niña es muy fea  
y en el patio desbarata.



## EVOCACIÓN

Laura Quispe

¿Quién de aquí sospecharía que alguna vez fueron dioses?  
¿Cuándo cambiaron la sabiduría por las divagaciones sin respuesta?  
¿Cuándo descendieron de los montes a los que solo llegaban las nubes  
para andar entre los sucios locales de comida rápida?  
¿Cuándo trocaron la eternidad por la finitud de los mortales  
y el tiempo empezó a perseguir sus sombras?  
Circularon por el Olimpo y ahora hacen filas en las oficinas de empleo  
Sin embargo, no lo recuerdan  
y se empeñan en creer en que todo acaba aquí, entre estos suburbios.



EL

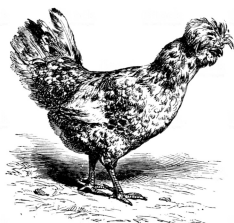
## HEREDERO

Susana Revuelta

Preocupa a su majestad el rey que su único hijo varón sea de modales tan delicados. Le ve deslizarse por las galerías del castillo ligero como un soplo de aire y arrullarse como un gatito cuando la doncella le cepilla los rizos dorados antes de acostarse. Y, en contra de su criterio, ha preferido recibir clases de arpa y canto, junto a sus hermanas, que salir con él a cazar jabalíes, corzos y venados.

Le disgusta también, y mucho, que ande siempre entre las faldas de la cocinera. Hoy, mientras ensillan su caballo en los establos, observa al chiquillo en el gallinero. Con qué suavidad escoge un huevo, lo acaricia, le retira las briznas y plumas pegadas, se lo pone

en la mejilla para sentir su tibieza, lo coloca con ternura junto a los otros en la cestita que la cocinera se lleva. Al hombre le da una rabia tremenda, piensa que este hijo tiene una tara muy gorda, que no va a servir para el oficio que le espera, pero de pronto el niño agarra una gallina por el pescuezo y con sus manitas gordezuelas le da un giro completo, y otro más, y otro, hasta que separa la cabeza del cuerpo, y sale corriendo con el animal muerto hacia la cocina, y el rey respira con gran alivio y contento porque hoy habrá su guiso preferido en el almuerzo.



FINIS